





1976

Lomas de Chapultepec, en vísperas de Navidad, 1975.

Líneas por el “Che” Guevara

**Era la llama andante de la Revolución.
Es la llama en la mano de todos nosotros.
Era el hombro que sostiene la tempestad.
Es el árbol desnudo de todo fruto ocioso.**

Vamos a condensar el humo de nuestro cuerpo
para darle materia al tiempo,
para no ser tan pronto un recuerdo,
para vivir encendiéndonos.

**Su muerte viva nos llama a todos,
es la llama que anuncia el fuego nuevo,
es la participación necesaria y dichosa
para no morir de sueños.**

La abolición de la noche
pero no de las estrellas.
Todo lo que haya de luz en nosotros,
que oiga y que vea.
Que vea y que oiga,
que oiga y que vea.

Bolivia es Bolívar y el Sol es Bolívar.
Los Andes amontonan la soledad de la altura
y la aglomeración de la selva sesiona día y noche.
Ideas.
Acciones.
La selva está allá abajo con sus fábricas de vida
y en muy altos subterráneos se construye la muerte.

Campesino y minero:
en tus manos ha dejado su sangre
el que lo quiso y el que lo quiere,
el que lo quiere siempre,
el que aunque tú no llegues
él siempre viene.

Estamos en la aurora de los pueblos
que quieren ser un solo pueblo.
La Cruz del Sur abre la luz de sus brazos.
Queremos ser un solo deseo.
Ella se arroja a nuestro pecho
desde el Techo magnífico de Bolivia.
Nos mataría si no nos diésemos prisa
en trabajar por éstos, por esos y por aquellos.

Necesitamos ser todos los pueblos.
Bolívar y San Martín
y el “Che” Guevara son los ejemplos.

Lomas de Chapultepec, 1967

Noticias sobre Netzahualcóyotl y algunos sentimientos

El día que el Rey murió
—año de mil cuatrocientos setenta y dos—
sus amigos viejos recordaron su nacimiento.
Y sus contemporáneos su niñez sangrante
al ver caer al suelo
asesinado a su padre,
desde un árbol de capulín, a orillas de Texcoco.
En los jardines los ojos
vieron las nubes desintegrarse por el viento.
Y por eso el agua de las fuentes se quedó pensativa.
Aquel hombre había hecho tantas cosas,
que las conversaciones brotaban como flores silvestres.
Las horas comenzaron a desvestirse
para llenarse de estrellas.
En la cumbre de Tetzcutzingo,
el Rey mandó tallar en una roca,
el trono de la Noche
y él a sus pies escuchaba dentro de su boca
el rumor de la sabiduría que al hombre la noche propone.
Yo soy un hombre pequeño, nacido como pocos
para disfrutar de las cosas grandes.
El Rey había compartido su desnudez
con muchas mujeres,
y como amaba la belleza,
todos sus hijos hermosos fueron.
El calendario del Rey no tuvo días inútiles.
Era la imagen misma de la vida
que realizaba de día
lo que había visto en sueños.
Coleccionó animales vivos como nadie lo había hecho.
Coleccionó plantas vivas, como nadie lo había hecho.
El jaguar, el águila y la serpiente.
Los pájaros músicos y los de sonoros colores.
Aves del cielo y del agua que también son del cielo.
El venado de alas invisibles.
El armadillo mecánico
—por cierto tan sabroso con jitomate verde—,
y las hojitas de aire de la libélula.
De la libélula al jaguar pasa el tiempo
como de la brisa al trueno.

¿Pudo el colibrí florecer prisionero?
Las flores raras junto a las plantas medicinales,
convivían con hondo sentido.
El cerro de Tetzcutzingo es un pequeño cono ovalado
que el Rey se adjudicó para estas cosas
y otras más importantes.
Allí se coleccionó así mismo
en la mística y en la poesía.
Allí se forjaron las leyes
iguales para todo el mundo.
Un día uno de sus hijos
cometió algo muy grave que no sabemos,
y los jueces, con las leyes de su padre,
le condenaron a muerte.
En Tetzcutzingo hay una roca
cuya mitad da al vacío.
Allí la atmósfera
pesa más que la piedra.
El Rey ordenó trabajarla
en forma de bañera,
y pedía sentarse entre el agua,
y volar con los ojos
llenos de sol, de madurez y de fuerza.
Perseguido político, su atletismo fue entre los bosques
y su entereza observando las estrellas.
Ahora hace quinientos años
que el Dios Desconocido, que él tan luminosamente adivinó,
desapareciéndole,
determinó su recompensa.
Aquella gente
cuya sabiduría llevo no solamente en los ojos,
supo poblarse de imágenes
horizontales y verticales dentro del círculo.
Este Príncipe que hoy recordamos
es la síntesis absoluta del hombre
por el cuerpo y el alma.
La naturacosa residió en él
tal vez más que él en ella.
El agua en sus manos fue acaudalada de bienes,
y la cuestión de la tierra,
una panadería bien entendida.

El Dios Desconocido, fue sólo para él.
Enorme intimidación a la intemperie.
La voz entera, a solas.
La voz eléctrica en el páramo
de cualquier soledad a media noche.
El esférico ámbito de la revelación.
El terror saludable de estar vivo
frente a Dios.
El no saber decir lo que se sabe
después de aquello. Tanta sabiduría
puesta al servicio de toda ignorancia.
Una ansiedad de todo para nadie.

Vamos a tu poesía,
del brazo de una noche totalmente encendida.
Allí se pinta el día
con los colores minerales
con que una flecha espiritual da en el blanco
de lo más bello, un poco triste, ardiendo.
Es un cielo terrestre, florecido
sin el cuidado de ninguna mano.
Eso fue consecuencia de la lluvia
que llega oscura y se deshace en luz.

**La esperanza en el hombre, sí,
aún entre los desórdenes de la inteligencia;
sí, una vez más, lleva tu nombre.**

A black and white line drawing of a man's face, balding with a receding hairline, looking slightly to the left. He has a serious expression. The drawing is signed 'D. Foster' in the bottom right corner.

46